

**Jueves XXVI del TO
Ciclo A**



5 de octubre de 2023

Neh 8, 1-4. 5-6.8-12

Sal 18

Lc 10, 1-12

P. Eduardo Suanzes, msp

Los hechos que se describen en la Primera Lectura tienen lugar en el año 430 a.C., 100 años después de que los judíos de la primera hornada hubieran vuelto de Babilonia a Jerusalén. Ya se ha reconstruido el templo y ahora una segunda hornada de judíos ha llegado de Babilonia; la muralla de Jerusalén hace 15 años que se ha terminado de construir y frente a una de sus puertas, «La puerta del Agua», se encuentra Esdras frente a todo el pueblo, subido en una tarima para que se le oiga bien. Estamos a mediados de septiembre.

Esdras ha decidido leer la Palabra de Dios para todos aquellos que no la conocen, desde el amanecer al mediodía. El pueblo no entienden muy bien el hebreo, pues ha estado unos 170 años en Babilonia (los 70 del exilio propiamente dicho más los 100 de esta segunda hornada que acaba de regresar). Así que necesita traducción, explicación de lo que se está leyendo: unos levitas se encargan de ello. Y al comprender lo que les estaban explicando el corazón de la gente se sensibiliza hasta tal punto que no pueden dejar de llorar y de estremecerse.

Aquí nos viene, a mi entender un punto para la reflexión para nosotros: ¿cuándo ha sido la última vez que me he estremecido ante la Palabra de Dios? Recuerden esa palabra de Isaías que pone en boca de Dios: «*En ése pondré mis ojos: en el humilde y el abatido que se estremece ante mis palabras*»¹ ¿Cómo penetra la palabra de Dios en mi corazón? ¿Con diques intermedios para no recibirla tal cual es?, ¿con rutina y flojera? ¿Es mi corazón como las tres tierras primeras de la parábola del sembrador o, por el contrario, es como la cuarta, que la recibe con alegría y germina en mi interior hasta dar el fruto del ciento por uno? Estremecerse ante la palabra de Dios es en realidad una gracia muy especial. Pidámosla...; que nunca nos acostumbremos a la Palabra.

Con relación al Evangelio, ¿quiénes serían estos setenta y dos? Nada se sabe de ello. Tal vez Lucas quiere introducir una imagen de universalidad, porque, según el Génesis, 70 eran todos los pueblos de la tierra y 12 la totalidad de la tribus de Israel. ¡Quién sabe! Es seguro, eso sí, parece que no es descabellado pensar, que se tratara de gente que le seguía; de ese grupo de personas que iban con él, fuera del círculo de los doce más allegados. Por tanto, no es descabellado pensar que habría gente muy distinta: judíos honestos sorprendidos por la frescura del mensaje de Jesús; algún publicano arrepentido; tal vez algún matrimonio joven, todavía sin hijos, aventurados en el seguimiento de ese Rabí; no creo que hubiera

¹ Is 66,2

gente de mucha cultura. Serían gente anónima, tal vez de dudosa procedencia, con un elemento en común: todos estaban atrapados por Jesús.

¿Y a nosotros? Qué nos ha pasado para que, al leer el texto del envío de los discípulos, pensamos inmediatamente que eso a nosotros “no nos toca” y que es algo reservado para gente que tiene un obispo o un superior/a que los mande de acá para allá². Como en el fondo nos resulta más cómodo, lo aparcamos en una zona reservada al «clero y alrededores», sin darnos cuenta de que esta actitud supone algo tan grave como negar nuestra condición de discípulos. Porque es esa la condición preciosa que recibimos en el bautismo y que sigue latente en nosotros esperando la oportunidad de desplegar todas sus potencialidades.

Probemos lo contrario: leer de nuevo el texto como dirigido a nosotros, sentirnos aludidos por sus palabras y escuchar sobrecogidos la llamada apremiante a ponernos en camino. Si nos parece demasiado, vamos a quedarnos solamente con algunos de sus consejos sobre la estrategia de envío que diseña Jesús:

- Hay que ir “de dos en dos”: es decir, dispuestos a caminar con otros, a comportarse como cómplices y compañeros, a negociar metas y pactar itinerarios, convencidos de que al individualismo le ha caducado el código de barras. “Miren cuánto se quieren” decían de los primeros cristianos; “miren qué gente tan especial”, podrían decir hoy si nos ponemos a ello: se ayudan unos a otros, no saben de faenas, codazos ni pisotones, se sostienen y apoyan mutuamente.
- Hay que encajar lo de “ser pocos” y encima de no lamentar el disponer de muchos medios ni de muchas certezas: la pobreza y la minoridad no son obstáculos que impiden que la eficacia del Evangelio sino todo lo contrario, tanto que son condiciones puestas por Jesús. “La simplicidad de la vida de ustedes será mucho más poderosa que sus discursos”, sería una buena traducción hoy.
- En medio de un mundo que busca el éxito inmediato, nos toca ser hombres y mujeres con aire de tener una cita más lejos, de mirar más hacia el horizonte, poseedores de la extraña alegría de saber que nuestros nombres están “apuntados” en ese libro de Vida que es el corazón de Dios

² DOLORES ALEIXANDRE. *El secuestro del envío*. En www.feadulta.com